



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 11 DE SEPTIEMBRE DE 2022

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

Entre manchas de pintura y palabras

EL PULSO DEL MUNDO

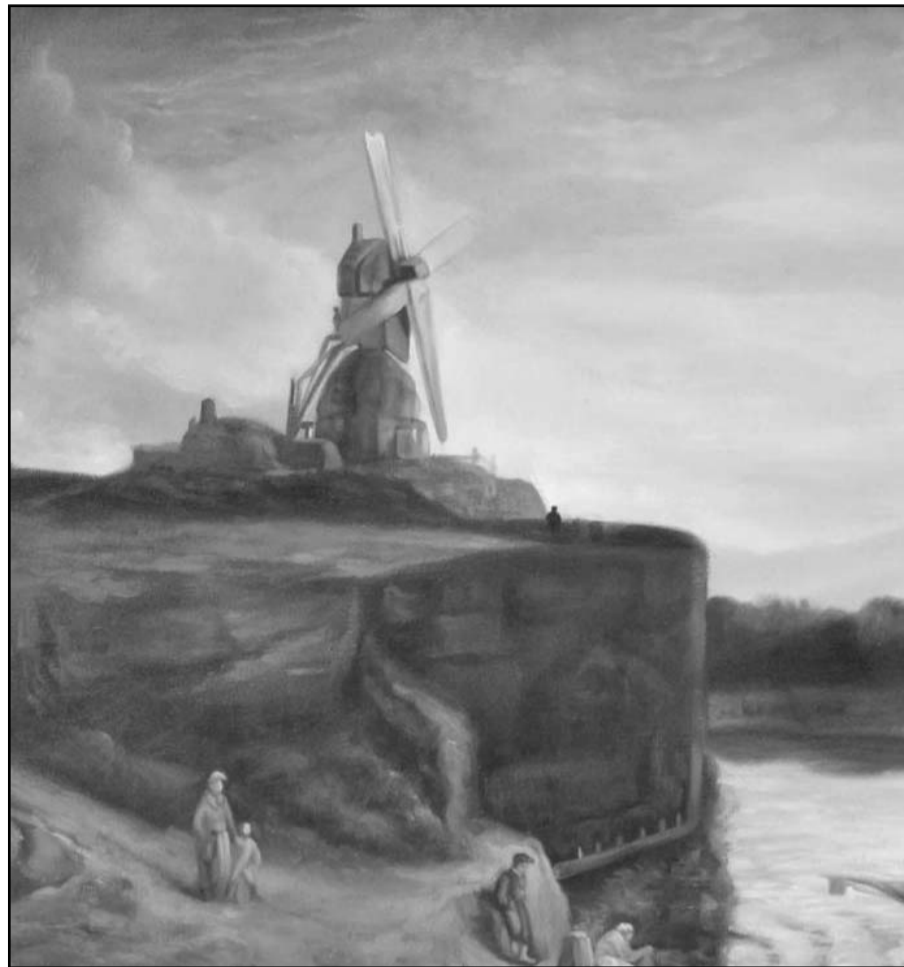
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Cuando era niño, su padre le hablaba de Picasso y Velázquez, de Rembrandt, Leonardo y Caravaggio. "Fueron capaces de capturar la esencia de la vida. El futuro. Tan hábiles como un director de cine o teatro, que pueden construir escenas e inmortalizarlas, y además fotografiarlas con el pincel para darles un significado universal. La historia jamás dejará de hablar de ellos". Cada vez que se inauguraba una exposición en un museo, su padre llevaba al hijo a conocerla. Estaban al tanto de los pintores contemporáneos más importantes. De los movimientos pictóricos de actualidad. Y el pequeño Fernando se entusiasma cuando veía a su propio padre dibujar un rostro sobre algún pedazo de papel. El momento más feliz en la vida del niño fue a los seis años, cuando un amigo de la familia, otro pintor, les dijo: "El pequeño Fernando tiene un talento sobresaliente para la plástica". Su padre comenzó a enseñarle lo que sabía, luego le consiguió clases particulares: composición, teoría del color, figura humana, luz y sombra, proporciones y veladuras. El pequeño Fernando estaba convencido de que llegaría a convertirse en uno de los Grandes Maestros de la Pintura.

Leyó las biografías de los artistas más importantes de la historia. Mostraba aptitudes: no solo para la plástica, también para las clases regulares en primaria y secundaria. Cuando concluyó el bachillerato, tuvo su primera exposición, organizada por una galería de Polanco en la Ciudad de México. Su destino como artista, sentía él: estaba asegurado y su padre apoyaba la idea. No se molestó por ingresar a estudiar una carrera. A los veinte viajó a España para quedarse allí otros diez años, financiado por cuadros que vendía gracias a una galería madrileña. Visitaba el Museo del Parado y el Centro de Arte Reina Sofía con frecuencia, además del Guggenheim de Bilbao. De pronto escapaba un par de semanas para estudiar las obras situadas en los museos de París. Ser pintor lo era todo para él, aunque a los treinta años aún no alcanzaba lo que siempre soñó: Llegar a ser el suceso más importante en la plástica mundial, después de Picasso.

Entonces su padre murió en la Ciudad de México. Fernando dejó de pintar. La situación lo devastó: se hundió dentro de un frágil nido para aves, sin fondo ni luz. Dejó en Madrid su obra. Las manos le temblaban cuando tomaba un pincel. Lo único que podía plasmar sobre la tela eran las lágrimas que le brotaban cada vez que se paraba frente al lienzo. Llanto ácido capaz de inundar el globo y acabar con la humanidad.

Comenzó a trabajar en una tienda Oxxo. Diez años atendió la caja, colocó artículos en los estantes y limpió los pisos del almacén. Hasta que un día soñó con su padre. Ambos atravesaban las salas del Museo San Carlos de la Ciudad de México. Fernando seguía siendo un niño tomado de la mano del viejo. Mirando un cuadro de Goya, el adulto le dijo al chico: "Encuentra el valor necesario para que el dolor guíe tu pintura. Recuerda el cuento en el que las lágrimas de una niña se convierten en perlas. Tu pintura se transformará si logras



escuchar tu dolor". Fernando despertó agitado. Notó en el reloj que eran las 4:46 de la mañana: la misma hora en que su padre había sido declarado muerto diez años atrás. Fernando levantó las cobijas para destaparse.

Se sentó. Buscó a tientas sus pantuflas. Pudo ver en la imaginación la escena que vivía en esos momentos y a boca de jarro se le ocurrió cómo plasmarla en un lienzo. De un tajo, con los ojos cerrados y humedecidos, vio los colores que necesitaba con la claridad de un brillo estelar. Salió de su cuarto y descendió por las escaleras hasta el sótano. Encendió la luz buscando los tubos de óleo y acrílico de juventud. Los encontró dentro de una caja de madera cubierta en polvo. Más allá, junto a la puerta del baño, descubrió tres telas en bastidores recargadas sobre las patas de su viejo caballete: un puente de luz solar.

Fernando volvió a pintar. Al regresar del trabajo, cada noche llenaba los viejos lienzos del sótano con los colores encontrados: frescos como madera que flota, sin hundirse, en el profundo mar.

Las telas se convirtieron poco a poco en una cama cubierta por aves y flores que eran caricias contra el dolor. La pintura sanaba su herida... hasta que de pronto, la llaga volvía a abrirse con la facilidad con que se destapa un tubo de pintura. Fernando dejaba la paleta y se sentaba en su viejo sillón mientras permitía que el llanto fluyera. Luego, con las lágrimas secas, volvía al lienzo y transformaba las aves y flores en música que harían renacer el corazón de cualquiera que mirara el cuadro. Fernando dejaba de ser él y se transformaba en el pulso del mundo a lado de Dios.

CADA VERSO, UNA LÍNEA MENOS
OLGA DE LEÓN G.

Cuando el hado nos abandona, cuando sentimos que nada tenemos para dar ni decir algo bello, algo valioso o interesante para muchos... ¡Qué podemos hacer! Tiramos sobre la página en blanco y dejar que las letras y palabras nos atropellen: No sería una mala idea, si pudiéramos hacerlo.

Quizás en esos casos, lo mejor es no escribir. Pero, hay un compromiso, una responsabilidad y un anhelo oculto o no, porque el hado vuelva a nuestro sendero y nos ilumine con su creatividad.

En mi tintero sé bien que guardo muchos recursos y más asuntos de los cuales quisiera decir algo grato, entretenido o de plano ingrato y osco; pero no es mi momento de ni de reclamos, ni de regocijos... Estoy como en un trance que no me permite escribir con absoluta libertad: las buenas conciencias, los buenos modales, las ideas sensatas, los pensamientos nobles y altruistas...

¡Vaya!, que esto no es un circo, ni un foro para lucimientos personales, tan solo es una página que he de llenar con manchas negras y grises que dejen alguna huella, aunque sea en otros pocos lectores. Vamos pues, esto me va gustando: escribiré poesía que no se le parezca al poema, pero que esté escrito en líneas con algún metro y alguna cadencia o ritmo: "Yo soy yo y mi circunstancia", mi amada carrera de Filosofía, te sacaré a pasear y que nos sigan los que saben leer y entender... Hemos dicho.

I
Que de qué se puede escribir, de todo y de nada.

Me gusta escoger escribir de nada, así tengo manga y línea largas para hablar de todo, sin comprometer mi alma. El sentido de las cosas nunca se pierde, si ves el rumbo, y tu brújula es fina.

En cada verso voy empeñando algo de vida, sé que me acerco al final

mas no temo a la línea blanca; apenas si encuentro un rayo de luz en cada mancha que cae sobre de ella.

Como que conozco los límites entre muerte y vida... entre su ausencia y la presencia mía.

II

Dejé que triunfara tu soberbia. Dejé que te sintieras poderosa en medio de la confusión gloriosa que te llevó a creer que yo era una diosa:

"Nada más alejado de mi esencia". Soy de barro, de ese que un día fue crudo

y se tostó al sol intenso de un verano norteño. Fragu grandes y mínimos errores, todos sin intención de cometerlos.

La emoción le gana al tiempo y la pasión se instala en el centro de mi corazón.

III

Nací del amor, e hija fui, también madre de miles: ¡desde niña hasta ahora! Desconozco de la insidia toda su infame traza.

Vivo con los ojos cerrados: a la maldad y al sinsentido. Soy feliz en mi mundo alado.

Podrá la vida golpearme a hurtadillas... también de frente... mas nunca dejará huella.

El viento que es mi aliado raudo correrá a borrar el cruel rastro.

IV

No tengo la paz que todos anhelan. En cambio, me acompaña un torbellino

festivo, alegre y a ratos silencioso, de sucesos que ni busco ni abrazo. Pero, allí están, tocan a la puerta de mi casa

y me insisten, si presto no les abro. Mejor vivir muriendo que nunca haber vivido:

dicen quienes del sufrimiento se alimentan

cuando más no hay para su sustento.

Vivir siempre riendo no es lo mío. Me gusta sonreír y reír, cuando eso tiene algún sentido.

Nunca a costa de los demás.

V

Atesoro amistades en tiempo y espacios, aun después de más de cincuenta años.

"Que la vida no es nada, apenas si un soplo..." ...perdido, huracán y esquivo, que espera por nosotros para pasear en carruaje tirado por corceles blancos, entre las sombras de verde follaje y un manto de estrellas sobre cielo azul.

VI

Vida déjame darte mi mejor regalo de amor: mi vigilia y desvelo tejiéndote versos.

Dame tú, uno realmente valioso: Tiempo, siempre un poco de tiempo más.



D.H. Lawrence

(David Herbert Lawrence; Eastwood, Reino Unido, 1885 - Vence, Francia, 1930) Escritor británico. Hijo de un minero y una maestra, se graduó en la Universidad de Nottingham en 1908 y tres años más tarde publicó su primera novela, El pavo blanco. En 1912 apareció El merodeador, que causó un gran escándalo por la minuciosa descripción de escenas de sexo, aspecto que caracterizaría sus obras y que le supondría numerosos problemas con la censura y la moral de la época.

Su primera novela de madurez, Hijos y amantes (1913), describe en gran medida su propia juventud, al tiempo que refleja su preocupación por los efectos de la naciente sociedad industrial. En 1915 publicó El arco iris, prohibido por la censura de su país, con la que tuvo serias dificultades durante la Primera Guerra Mundial, lo cual le obligó a marcharse y a viajar de una parte a otra al término de ésta.

En Italia escribió La vara de Aarón (1922) y empezó la redacción de un volumen de crítica literaria, Estudios sobre literatura clásica americana, que publicó en 1923. Antes de partir hacia Australia encontró editor para una serie de relatos agrupados bajo el título Mujeres enamoradas, que había empezado a escribir en 1921.

En Australia escribió Canguro (1923) y más tarde se trasladó a México, que le inspiró La serpiente emplumada (1926), y por último regresó a Florencia, para escribir El amante de Lady Chatterley (1928), su obra más celebrada y de mayor rigor literario, que influyó, entre otros, en Henry Miller. Murió de tuberculosis en Francia, pero fue inhumado por deseo expreso en Nuevo México.

Mónica Lavín

La reina ha muerto

Cuando nació, la reina ya estaba ahí. Cuando nació mi nieto, la reina aún seguía ahí. Una institución, un símbolo. No sé cómo llamarle. Su presencia ha sido una sombra que abarca los siglos XX y XXI: un referente. Yo la miraba joven cuando existía la revista Look de gran formato y el Life en español. Las fotos de la monarquía británica ocupaban portadas. La veíamos en África, visitando los países de la colonia británica cuya independencia atestiguó, después la serie The Crown (con la magnífica actuación de Olivia Colman emulando esa forma de sentarse de lado, rodillas juntas, manos sobre el regazo) nos la acercó de carne y hueso en el drama que significó gobernar desde los 26 años, cuando no era el rol que le tocaba, pero su tío Eduardo renunció al trono para tener otra vida al lado de Wallis Simpson. Una Isabel que tuvo que prepararse y siempre estar sonriendo y bien puesta y presentable porque su imagen era un sostén de la posguerra, una especie de columna moral, o tal vez daba la sensación de que mientras todo cambiaba afuera había algo de lo que todavía uno se podía agarrar. La serie también nos mostró, ficcionalizado o no, lo que significaba para Felipe de Edimburgo ser el príncipe consorte. Siempre bajo la sombrilla de Isabel II, como el país entero, como Diana, que se volvió el ídolo de todos y que murió trágicamente mucho antes que la reina, porque la reina

gobernó 70 años. Hace poco que ocurrieron los festejos del jubileo y, ya lo han resaltado los medios, numerosos primeros ministros, olimpiadas y papas pasaron frente a sus ojos. La corona. También la conocimos con cierta intimidad en la espléndida interpretación que Helen Mirren hizo de Su majestad. Supimos de su amor a los perros, su debilidad por los caballos. Una mujer que tuvo que comprender el mundo de manera intempestiva, hilvanar las sonrisas de su familia, los desmanes de su hermana, para la foto. Siempre en la foto mostrando que todo iba bien en Palacio hasta cuando no iba bien. Las multitudes mostraban su respeto y lloraron a Diana cubriendo las rejas del palacio con flores como ahora lloran a su reina. Alan Bennet escribió una gran novela en donde la Reina descubre su apetito por la lectura, gracias a las recomendaciones del bibliotecario de Palacio, y va descuidando sus funciones; no se quiere levantar de la cama sólo quiere leer: Una lectora nada común. Imperdible: con ese humor inglés que no deja de persistir debajo de las formas. Si no, quizás no hubiéramos sido testigos de la popularización de la imagen de Isabel II. De su asociación con elementos de la cultura popular inglesa. Y todo ha de cambiar, desde su efigie en las monedas de los países del Commonwealth, no sólo en Inglaterra.



La reina Isabel todavía estrechó la mano de la nueva primera ministra inglesa, Liz Truss. Porque eso es lo que había que hacer, no importa que te faltarán 24 horas para morir. Eras una reina hasta el último momento ya sin Philip pero siempre con el sombrero, el abrigo y la bolsita que te encorsetaban y mantenían derecha frente a todos nombrando Sir, lo mismo a Mick Jagger que a Bono. Ahora que el cuerpo enjuto en los 96 años de Lilibeth será acompañado en las ceremonias de 10 días hasta su funeral en Westminster me pregunto qué será de su

ropa. Como he dicho en mi más reciente libro, Últimos días de mis padres, la ropa que queda de los muertos en las perchas es un fantasma, es el recordatorio más claro de la ausencia. ¿Harán un museo con ellas? ¿Las usará Camila? La reina era también su estilo como son siempre los símbolos que no pueden mutar en el tiempo. Esa fue su condena y el privilegio de sus súbditos. Una nación entera guardará silencio al unísono, y a mí su muerte también me produce congoja. God save the queen. La frase ya no tiene sentido.

ad pedem literae

La libertad es un lujo que no todos pueden permitirse.

Otto von Bismark

Letras de
buen humor

La sonrisa cuesta menos que la electricidad y da más luz.

Proverbio escocés